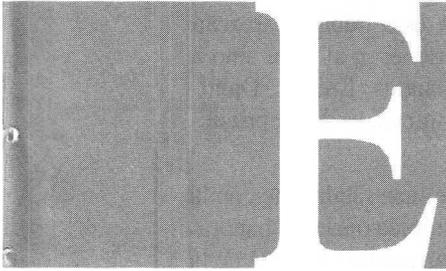


## El aporte de Bizancio a la cultura de Occidente

**Georgios D. Hurmuziadis**



n el largo período que sucedió a la desagregación del Imperio Romano por los hérulos, pueblo germánico, en el año 476, y que sumió nuevamente a Occidente en la noche de la ignorancia, Bizancio fue la sede de una brillante civilización, la única quizá que conoció la Edad Media. Esa civilización era la resultante de una doble herencia: la romana, que predominó en la organización militar y administrativa del Estado; y la helénica, que se manifestó, sobre todo, en su vida cultural y social. No se puede negar que el Oriente tuvo también una parte de influencia, especialmente en el arte y en la forma de vivir de los bizantinos. El amor al lujo, la pasión por todo lo que resplandece, el pomposo ceremonial palaciego y eclesiástico, la práctica de divinizar al monarca, ciertas costumbres desusadas, como ser el aislamiento de las mujeres en los gineceos, y la compleja etiqueta de la corte, tienen su origen en Oriente. Pero por otra parte no es menos exacto que Bizancio fue el único Estado en que la tradición helénica se mantuvo viva durante la Edad Media. Alejandro Magno había trasplantado la cultura de la vieja Hélade hasta los confines de la India. A su vez, el helenismo sufrió la influencia de los pueblos por él conquistados. Siglos más tarde, cuando se eclipsaron Alejandría y su cultura y cuando la supremacía de Roma se extinguió, Constantinopla fue el único baluarte que sobrevivió para defender, por un lado, la civilización que había



**Byzantion Nea Hellás**  
CENTRO DE ESTUDIOS  
BIZANTINOS Y NEOHELÉNICOS  
FOTIOS MALLEROS  
FACULTAD DE FILOSOFÍA  
Y HUMANIDADES  
Universidad de Chile

nacido de la fusión del helenismo con el orientalismo y, por otra parte, el cristianismo, la nueva religión.

Pero si todo el mundo está de acuerdo en cuanto a las influencias que Bizancio sufrió, no sucede lo mismo con respecto al influjo que Bizancio ejerció sobre sus vecinos y el resto del mundo. Cada uno de estos pueblos vecinos juzga los hechos históricos a través de un prisma nacional, que los deforma inevitablemente; y el resto del mundo no quiere liberarse de un falso amor propio, que le impide interpretar objetivamente hechos y consecuencias.

Estas dos palabras, “hechos y consecuencias”, definen claramente las dos partes que componen el capítulo de la historia bizantina que nos ocupa. Y si existen divergencias en cuanto a la interpretación de los hechos, fácil será imaginar las discrepancias que pudieron surgir con respecto a las consecuencias de los mismos, particularmente de aquellas que se extienden hasta siglos después de la desaparición del Imperio Bizantino.

Es muy posible que algunas opiniones expuestas en este trabajo parezcan subjetivas o tal vez exageradas. Deseo aclarar que no pertenecen al autor sino a consagrados bizantinólogos de todo el mundo, como Amandos, Bréhier, Diehl, Rambaud, Runciman, Sas-Zaloziecky, Talbot Rice, Zakythinós, es decir, provienen todas ellas de fuentes responsables, consagradas.

Vamos a comenzar con los hechos históricos, que culminan fatalmente con la conquista de Constantinopla por los turcos. Echemos una rápida ojeada al panorama geográfico y político de los primeros siglos de la era bizantina. Al norte de la península balcánica se encontraban pueblos semibárbaros, que carecían de una organización estatal, de una religión determinada, y que no sabían escribir, todos ellos invasores venidos del norte. Sobre las costas de Dalmacia se encontraban los croatas y los servios. Entre el Mar Negro y el Danubio se habían instalado los búlgaros. Más al norte se extendía la inmensa Rusia, limitada por los húngaros y por los armenios hacia el sudoeste y hacia el sudeste, respectivamente. Bizancio convirtió a todos esos pueblos al cristianismo; lo logró paulatinamente y con enormes sacrificios.

Dos misioneros bizantinos, Cirilo y Metodio, santificados más tarde, se transformaron en apóstoles de los eslavos; inventaron para éstos un alfabeto derivado del griego, y tradujeron las Santas Escrituras al idioma de esos pueblos. Les enseñaron el ceremonial litúrgico, les ofrecieron la posibilidad de conocer, aunque fuera parcialmente, la cultura helénica, y hasta escribieron la historia de esas mismas poblaciones incultas. Como expresó el historiador francés Rambaud, “¿qué hubieran sabido de su propia historia los rusos, los húngaros, los servios, los croatas, los búlgaros, si no hubieran pensado en escribirla Procopio, Teofanis, León Diácono, y otros tantos sabios bizantinos?” “No cabe duda”, dice Carlos Diehl, “que al proceder así, lo que perseguían era someterlos a la influencia de Bizancio. Pero lo hicieron de una manera que no los privó de su lengua, ni del

sentimiento de constituir nacionalidades distintas: Bizancio ayudó a estos pueblos para que surgieran en la historia”.

Teofanis y otros cronistas bizantinos cuentan cómo se produjo la conversión de Bulgaria al cristianismo en el siglo IX bajo el reinado del han Boris, quien, aunque trataba de granjearse la amistad de Roma, se dio finalmente cuenta de que le convenía permanecer fiel a Bizancio. Su hijo Simeón pasó su juventud en Constantinopla estudiando a Demóstenes y a Aristóteles, y cuando ascendió al trono era ya un zar medio griego. Procedió a realizar importantes reformas; comenzó por su corte, a la cual introdujo el lujoso decorado, la vestimenta y los modales de la corte bizantina, que tanto admiraba. Según el cronista, su trono era de plata y su clámide bordada con perlas; llevaba collares, pulseras, y anillos de oro, y “zapatos purpúreos”. Sentía tanta atracción por Constantinopla, que soñaba con conquistarla, lo que intentó en el año 924, pero su sueño quedó convertido en cenizas. Se le atribuye la iniciación de un movimiento cultural al ordenar la traducción al búlgaro de los textos de los Padres de la Ortodoxia y de algunos autores clásicos. Él mismo se ocupó de la recopilación de algunas homilias de San Juan Crisóstomo. Al multiplicar sus contactos con Bizancio, Simeón pudo dar a Bulgaria la apariencia de una nación organizada.

Su hijo Pedro continuó la obra civilizadora de su padre durante cuarenta años más. Se casó con una princesa griega, y consolidó todavía más los lazos religiosos y culturales con el Imperio. Los bizantinos lo trataban como “el mejor amigo”, y se referían a Bulgaria como “la más bella coronación de sus esfuerzos civilizadores”. Gracias a tales relaciones, la cultura bizantina penetró en los países balcánicos y los ayudó en su evolución. Los zares búlgaros, sin embargo, nunca renunciaron a su viejo sueño de conquistar Constantinopla; no perdieron la menor oportunidad de causar considerables dificultades a los *basileus* bizantinos, particularmente en los críticos momentos en que aquéllos concentraban su atención y las fuerzas de su Imperio para enfrentar el peligro asiático.

Rusia, situada al norte del Mar Negro, y mucho más extensa que Bulgaria, era otro país eslavo que se incluía en la esfera de influencia bizantina. Desde antes del siglo IX existían importantes intercambios comerciales entre ambos países. Fue Basilio I quien pensó que había llegado el momento de convertir a los rusos al cristianismo. Fundó el Obispado de Rusia, y dio comienzo así a una vasta campaña misionera en aquel país. A mediados del siglo X, Olga, la gran duquesa de Kiev, viajó a Constantinopla para bautizarse. Su nieto Vladimiro, quien se casó con una princesa griega, hermana del emperador Basilio II, dispuso la conversión al cristianismo de todo el pueblo ruso, obra que finalizó su hijo Jaroslao. En menos de cien años ese inmenso país, brutalmente dominado siglos atrás por príncipes escandinavos aventureros, se transformó bajo la influencia de Bizancio en un estado nacional, maduro ya para tomar en sus propias manos las riendas de su destino. En menos de cien años Rusia se reorganizó política y socialmente y se inició lo suficiente en las letras y en las artes, como para empezar a tener un indicio

de cultura propia. También en su caso el alfabeto de Cirilo y Metodio desempeñó un papel importantísimo. Aparecieron traducciones de obras eclesiásticas, científicas y filosóficas, que transformaron radicalmente la vida social y moral de Rusia. Arquitectos griegos construyeron palacios y catedrales, y artistas griegos las decoraron con mosaicos y pinturas, que rivalizaban con las más hermosas que podían admirarse en la misma Constantinopla. Habían levantado, como decía un cronista de la época, iglesias con cúpulas de oro en medio de casas y tapias de barro; los artistas bizantinos le abrieron a Rusia el camino hacia la civilización, de la misma manera que lo habían hecho antes sus conciudadanos misioneros y literatos. En aquel período se construyó la mayoría de las iglesias rusas, entre otras la magnífica Santa Sofía de Kiev, y el Monasterio de las Catacumbas. Sobre todas las paredes aparecen versículos de la Biblia escritos en griego. No sólo se imitaba el arte de Bizancio, sino también sus instituciones políticas y sociales; lo comprobamos admirando algunos frescos murales de aquella época, de singular valor documental; muestran el ceremonial de la corte rusa completamente bizantinizada, los príncipes y sus invitados divirtiéndose mientras miran espectáculos de circo, de bailarines y de acróbatas. Todo en un ambiente en que resplandecen las piedras preciosas, el oro, y las vestimentas suntuosas.

En cuanto a Servia y Rumania, la forma que se utilizó para difundir en ellas el cristianismo y la civilización bizantina no difiere mucho de la que se usó para su propagación en Rusia. Ambos países, Servia y Rumania, e inclusive Hungría en cierta medida, deben a Bizancio su organización política y religiosa, su concepto de "un soberano autócrata por la Gracia de Dios", y su primera forma de vida social. La influencia bizantina se extendió en todos los aspectos, arquitectura, pintura, letras. En la Rumania y en la Yugoslavia de hoy, son numerosas las iglesias, los conventos y las bibliotecas que nos recuerdan nombres de arquitectos, artistas y traductores griegos, que dedicaron su vida a la tarea de cristianizar a esos pueblos y a incorporarlos a la civilización.

En el siglo XIV llegó a darse el caso de que los servios, considerándose excelentes émulos de Bizancio, decidieran, como cuatro siglos atrás los búlgaros, conquistar Constantinopla. Y lo hubieran conseguido quizás, si su jefe, el gran Esteban Ducán, no hubiese muerto repentinamente frente a las murallas de la "Ciudad Reina", mientras se aprestaba a sitiaria, en el año 1355.

Con respecto a las influencias bizantinas en el Oriente, podríamos afirmar que las hubo, y casi tan importantes como las que llegaron siglos atrás a Rusia y a los Balcanes. El pueblo armenio, ubicado entre los persas y los árabes, ardientemente reclamado por ambos, fue cristianizado e incorporado a la civilización, gracias a los esfuerzos de Bizancio. Los lazos entre el Imperio y Armenia son múltiples y se prolongan en el tiempo. Hubo en Constantinopla generales del ejército, patriarcas e inclusive emperadores de origen armenio. Por otra parte, los bizantinos contribuyeron para que Armenia se mantuviera libre e independiente frente a las invasiones asiáticas por muchos siglos. Le transmitieron, al mismo tiempo que la

religión cristiana, sus conocimientos artísticos y culturales, y la ayudaron para que pudiera organizar un estilo de vida peculiar. Gracias a esa cultura propia le fue posible, a este inteligente y valiente pueblo, sobrevivir a las continuas catástrofes que debió sufrir a lo largo de su historia, especialmente a causa de su precaria posición geográfica.

Aunque parezca extraño, hasta los mismos árabes deben su gran florecimiento cultural del siglo IX y siguientes, a sus contactos con Bizancio. Por largos centenares de años Bizancio continuó en el Medio Oriente la obra de helenización de Alejandro Magno. Cuando los árabes conquistaron la Mesopotamia y Siria, encontraron en Edesa, Damasco y Antioquía importantes escuelas helénicas, en las que se enseñaban las matemáticas de Pitágoras, la filosofía de Aristóteles y la medicina de Hipócrates. Los jefes árabes se dieron cuenta del inapreciable tesoro que representaban aquellas escuelas y dispusieron, una vez consumada la conquista, que en adelante la enseñanza se impartiera en lengua árabe para que su pueblo pudiera aprovecharla también. Bagdad fue la capital espiritual del nuevo Imperio, y en ella se tradujeron sistemáticamente las obras de Arquímedes, Euclides, Teofrasto, Ptolomeo y otros. A estas traducciones se debe el posterior florecimiento intelectual islámico, el cual más tarde fue nuevamente un instrumento de propagación de la cultura helénica en todas las posesiones árabes, desde la India hasta España.

Es sabido que el Extremo Occidente tuvo por primera vez conocimiento de la filosofía aristotélica y de la ciencia griega en general gracias a las escuelas árabes de Córdoba. El Islam se transformó así en uno de los medios que permitirían a Bizancio ofrecer a Occidente las luces de la antigua Hélade. Otro recurso fue la obra que realizaron los propios sabios bizantinos, quienes la iniciaron desde el Este mucho antes de producirse la conquista definitiva de Bizancio por los turcos, y la llevaron a cabo en mayor escala aun cuando se había consumado ya la gran catástrofe.

Desde su fundación en el siglo IV, Bizancio nunca dejó de estar presente en el Occidente. A partir del reinado de Justiniano, el exarcado de Ravena ejercía ya una gran influencia sobre toda Italia. Cuando los árabes conquistaron Palestina, Siria y varias provincias del Asia Menor, toda una corriente de sabios bizantinos y monjes se refugiaron en Italia. Lo mismo sucedió después de las luchas iconoclasticas que duraron dos siglos, cuando sobresalientes partidarios de ambos bandos tuvieron que huir a Occidente para salvar su vida. Una latente tendencia de expansión hacia el Oeste existió siempre en Bizancio. Es sabido que Roma tuvo varios papas de origen griego, y que hacia fines del primer milenio había suficientes colonos orientales en Italia, como para que muchas de sus ciudades tuvieran un aspecto semibizantino.

La cantidad y la calidad de los monumentos artísticos que han dejado los bizantinos en Occidente muestran cuán importante fue allí su presencia. En Ravena tenemos varias iglesias del más puro estilo bizantino, entre otras la basílica

de San Apolinar, el mausoleo de Gala Placidia, y San Vital, de tipo octogonal, esta última del siglo VI, decoradas con mosaicos de extraordinaria belleza. En Roma se pueden admirar mosaicos del más auténtico arte oriental griego en las basílicas de Santa Inés y de Santa Práxedes. La capilla de San Zenón, en el interior de esta última, es una pequeña joya del arte bizantino. Está realizada íntegramente en mármol y con relucientes mosaicos de variadísimos colores sobre fondo de oro. Los frescos de la iglesia de Santa María Antica son bizantinos en todos sus detalles.

Pero no debemos pensar que las influencias fueron solamente ejercidas desde Bizancio hacia Occidente; las hubo también en sentido inverso. Los occidentales siempre se sintieron atraídos por las leyendas y el fausto del Oriente: los buenos cristianos pensaban en un peregrinaje a Tierra Santa; los comerciantes soñaban con un buen negocio; los aventureros con un rápido enriquecimiento. Y todos ellos no se satisfacían sólo con guardar un buen recuerdo de su viaje, sino que solían llevar muestras de lo que habían visto: objetos de lujo y de arte, platería, estatuas, manuscritos; y los más osados efectos de gran valor. Las Cruzadas multiplicaron estos contactos, y los barcos mercantes de Venecia y de Génova, que pululaban en el Mediterráneo, volvían a sus puertos repletos de tesoros de toda índole. Cuando los cruzados ocuparon Constantinopla, en 1204, los venecianos se llevaron todas las obras de arte antiguo que encontraron en la ciudad, entre ellas el famoso cuadriga de bronce de Quíos, el que desde aquel año adorna el gran patio de la catedral de San Marcos, en Venecia. Los planos de San Marcos, la más suntuosa catedral de Italia, son la reproducción de los planos de la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla, prototipo de los templos cruciformes con cinco cúpulas. (Cabe abrir aquí un paréntesis para señalar que, en 1309, la República de Venecia decidió obligar por ley a todos sus navegantes a saquear los puertos y las islas griegas, y llevar toda obra de arte que encontraran en ellos a su metrópoli.)

Muestras notables de influencia bizantina se encuentran hasta en Francia. La iglesia de Germigny-les-Prés, y la imponente catedral del Santo Frente, en Périgueux, son variantes del ya mencionado tipo cruciforme con cúpulas. La Capilla Palatina que Carlomagno hizo construir en el siglo VIII en Aquisgrán (Aix-la-Chapelle), capital de su Imperio, está visiblemente inspirada en la iglesia de San Vital, de Ravena. En el famoso monasterio de Monte Casino, donde monjes griegos enseñaron, desde 529, las obras maestras de la Grecia clásica, el altar esmaltado, los vasos litúrgicos, los íconos, los candelabros esculpidos en bronce, todo era importado de Constantinopla.

Pruebas de la influencia bizantina existen también en muchos monumentos arquitectónicos de Alemania y más al norte aún. No hay que olvidar que Otón II, rey de Alemania del siglo X, estaba casado con Teofana, una princesa griega de la dinastía Macedónica. Pero el arte de Italia —desde Milán hasta Sicilia— es, principalmente, el que mayor beneficio obtuvo de sus relaciones con los artistas de Bizancio. En los admirables trabajos de los especialistas del mosaico de Toscana,

tal influencia es evidente. Más innegable resulta aún en las pinturas de Parma y de Florencia, en cuyas obras se reflejan el misticismo y el patetismo de los iconógrafos griegos. Según la opinión de Carlos Diehl, el gran bizantinólogo francés, los prerrenacentistas italianos Címabue, Duccio, y hasta Giotto, tienen grandes deudas con sus colegas bizantinos. Esto no quiere decir que los artistas occidentales hayan imitado a los bizantinos, sino que bajo su influencia tomaron conciencia de sus propias cualidades. La Italia del siglo XIII, precursora del Renacimiento, le debe a Bizancio mucho más de lo que generalmente se cree. Carlos Diehl concluye: “Los grandes maestros de Toscana del siglo XIV no fueron sino bizantinos de genio en muchos aspectos”.

Podríamos hacer esta misma afirmación con respecto a los intelectuales de Occidente. Hasta el siglo XIII florecía todavía en los centros culturales de Europa la “escolástica”, es decir, el estudio exclusivo de las doctrinas de Aristóteles. No solamente era una enseñanza unilateral, sino que presentaba otro defecto mayor todavía: Los textos eran malas traducciones al latín, de viejas traducciones árabes, peores todavía.

Mientras esto sucedía aún entre los estudiosos de Occidente, sus colegas de Constantinopla, adelantándose en tres siglos, habían extendido ya sus estudios sobre la mayoría de los autores clásicos. Platón era largamente comentado y su doctrina enseñada en la Universidad de Constantinopla conjuntamente con la de Aristóteles, pero sobre textos mucho más fieles que aquellos deformados por los árabes. Algunos sabios italianos, enterados de los grandes adelantos realizados por sus colegas griegos, visitaron Constantinopla, poco antes de su caída; tuvieron así la oportunidad de iniciarse en el platonismo y conocer más obras maestras de la antigüedad clásica. Se dieron cuenta de que el estudio de la lengua helénica les era indispensable, e invitaron a los maestros de la Universidad Imperial de Constantinopla a visitar Italia y dictar cursos de griego. Así lo hicieron algunos en el siglo XIV, entre otros los ya célebres por su erudición: Pachimeris, Nicéforo, Planudis, Cantacuceno, y Miguel y Juan Crisolarás, muy conocidos por su actuación posterior en las universidades de Milán, Venecia, Florencia y Roma. Leoncio Pilato, bizantino también, fue maestro de Petrarca y de Boccaccio. La enseñanza del platonismo dio rápidamente sus frutos: liberación de los rígidos cánones convencionales; orientación del arte hacia el naturalismo y del pensamiento hacia el idealismo, luego de haber dado nacimiento al humanismo.

Esta primera oleada de helenistas que se refugiaron en Europa fue sucedida por otra, más considerable aún, cuando se produjo la conquista de Constantinopla por los mahometanos. En efecto, los últimos literatos de Bizancio, en su huida frente a la dominación turca, transportaron al Occidente todo el tesoro espiritual que habían acumulado en la “Ciudad Reina” durante siglos. Manuscritos y palimpsestos fueron llevados por millares hacia el oeste y hacia el norte de Constantinopla. Se cuentan por centenares los que aún hoy se encuentran en las distintas bibliotecas

nacionales de Europa y de las academias de Belgrado, de Sofía, de Bucarest, de Kiev y de Moscú.

Entre los nuevos refugiados había profesores de gran renombre, como Jorge de Trebizonda, Teodoro Gaza, Juan Argirópulos, Pliton Gemistos, Juan Láscaris, el cardenal Besarión y otros. Ellos enseñaron y formaron a los célebres humanistas occidentales, Reuchlin de Alemania, Erasmo de Rotterdam, Budé de Francia. Besarión, elegido cardenal en Roma, desempeñó al mismo tiempo el cargo de presidente de la Academia de Letras y Ciencias fundada por el papa Nicolás V. El papa León X, siguiendo los consejos de Erasmo, fundó un Gimnasio Helénico en Roma, en el cual se impartía la enseñanza exclusivamente en idioma griego. Hacia 1500 el humanismo se había extendido más allá de Italia. En 1520 se enseñaba el griego en Cambridge y Oxford, en Lovaina y en el Colegio de Francia, en París. Pocos saben que este último establecimiento, orgullo cultural de Francia, que cuenta ya 440 años de existencia, que ha sobrevivido a tantos regímenes políticos y que ha dado a Francia una infinidad de hombres ilustres, fue fundado por el rey Francisco I con la colaboración y sobre planos de un sabio griego refugiado: Juan Láscaris. El primer nombre del Colegio de Francia fue "Musaeum", la Casa de las Musas, en recuerdo de la Universidad de Constantinopla, clausurada en esa época.

La gran importancia de la contribución del humanismo a la formación de la civilización occidental, es cosa ya sabida. Si pensamos que el humanismo nació primero en Bizancio, y luego de varios siglos de cultivarlo fue trasplantado por los eruditos bizantinos a Europa, nos damos cuenta de la inmensa deuda del mundo civilizado para con Bizancio. Se ha dicho con razón, que mientras perduren los efectos de los grandes movimientos de renovación cultural europea, movimientos que coincidieron con la existencia y la desaparición del Imperio Bizantino, la presencia de éste entre nosotros no dejará de sentirse.

Pero la influencia de Bizancio, después de su extinción política, se manifestó más poderosa todavía en los países balcánicos y del Oriente. Aunque parezca extraño, hasta sus propios conquistadores, los turcos, deben a Bizancio la organización de su Estado. Los turcos eran aguerridos soldados, pero nada sabían de administración y de política. Su ambición era conquistar pueblos para dominarlos y cobrar gravosos impuestos. Y para conseguirlo tenían una filosofía muy sencilla. Les bastaba con tener bajo su dominio militar y económico a los vasallos. No les preocupaba su religión, sus costumbres ni su lengua; por lo tanto, dejaban que las cosas continuaran en la misma forma en que las encontraban, siempre que los sojuzgados trabajaran, produjeran y pagasen. Simplificaban los problemas administrativos, como por arte de magia, dejando a los mismos conquistados la preocupación de solucionarlos.

Imaginaron para eso un procedimiento muy práctico, el mismo que empleaban para formar el cuerpo de los jenizaros, para lo cual reclutaban infantes cristianos, a quienes convertían al islamismo, transformándolos en fanáticos soldados del Gran Turco. Procediendo de la misma manera, reclutaron entre los cristianos los

cuadros administrativos de su Estado; al principio solamente los inferiores, pero más tarde hasta el grado de dragomán, equivalente al de ministro.

Todo servidor del Sultán respondía con su cabeza por cualquier desobediencia. No había excepciones. Mahomed II se dio cuenta del enorme arraigo y poder persuasivo que tenía la Iglesia sobre las poblaciones conquistadas y pensó transformarla en un organismo responsable ante él, por todo acto de insurrección de los cristianos. Para que la Iglesia pudiera cumplir con esta misión, el Sultán respetó la jerarquía y los privilegios que otrora le habían otorgado los emperadores de Bizancio. Hizo al clero responsable de la enseñanza, dándole la facultad de abrir y cerrar escuelas a su arbitrio. Le otorgó también ciertas prerrogativas legales, como por ejemplo administrar justicia entre cristianos, en tribunales de su exclusiva jurisdicción.

Era la tan conocida fórmula: revestir de una capa dorada la amarga píldora del terror.

La Iglesia se encontraba en una situación difícilísima. Sojuzgada Bizancio, su principal misión era mantener viva la fe de los cristianos, arruinados y perseguidos por el Islam. Heredera de la tradición bizantina, no podía renegar de su pasado, que se identificaba con la razón de su existencia. Fueron clérigos griegos los que convirtieron al cristianismo a los armenios, a los servios, a los búlgaros, a los rumanos y a los rusos, como se ha dicho. Eran clérigos quienes despertaron en el corazón de cada uno de aquellos pueblos el sentimiento de formar una nación propia. No podían traicionar su credo ni su pasado ni a los pueblos que habían puesto una vez más en ellos la esperanza de una próxima liberación.

Al mismo tiempo la Iglesia cumplía con otra misión, no menos importante. No permitir que se extinguieran los idiomas de las naciones sojuzgadas. En Grecia, esa acción tuvo consecuencias salvadoras. En los tribunales, los edictos se expresaban en griego; en las iglesias, se oficiaba en griego; en las escuelas, se enseñaba en griego. Durante casi cuatrocientos años, el clero estuvo a la altura de ese triple apostolado: de jefe espiritual, de continuador de la tradición y de instrumento de apaciguamiento de las inquietudes del conquistador.

Los altos jefes políticos que los turcos destinaron para ejercer su dominio en Valaquia y Moldavia eran oriundos de Fanar, el barrio patriarcal de Constantino-pla. Cumpliendo con su mandato, muchos de ellos contribuyeron también a la propagación de la cultura helénica en aquellas tierras. Rumania constituía una isla latina en medio de un mar eslavo. El peligro de su eslavización era grande y permanente. Sus jefes lo comprendieron pronto así, puesto que desde 1630 facilitaron la fundación en tierra rumana de dos academias griegas, en las que se enseñaban en griego las letras y la filosofía clásica. La mejor manera de conjurar el peligro eslavo era mantener los vínculos mediante la religión común y cultivar el recuerdo de los lazos históricos que habían unido a Rumania con Bizancio y con la antigua Hélade. En las universidades de Bucarest y de Iassy muchos eruditos bizantinos enseñaron literatura griega. Como ya lo hemos dicho, al producirse la

sumisión de Bizancio, sus sabios se separaron en dos corrientes y se refugiaron unos al oeste y otros al norte del Imperio. Los últimos fueron los propulsores de un segundo renacimiento en los países del Mar Negro y de la cuenca del Danubio. Entre los sabios bizantinos que enseñaron allí se cuentan helenistas renombrados, como Nicodemo, Eugenio Gianuli, Germán Locro, Teófano Xenaki, Meletio Sirigos, y el más célebre de todos, Teófilo Coridaleus<sup>1</sup>. Este último enseñó también en las universidades de Padua, Roma, Bolonia y Atenas, siendo uno de los más grandes comentaristas de la filosofía aristotélica en el siglo XVII. En la Biblioteca de la Academia Nacional de Bucarest se guardan unos quinientos manuscritos bizantinos, entre ellos importantes obras inéditas de Coridaleus, cuya publicación inicióse recientemente. Constituirán seis grandes volúmenes.

La mayoría de los eruditos nombrados eran también prelados. Durante los cuatro siglos de servidumbre de los pueblos balcánicos, la noción de cultura era allí sinónimo de religión. Lo mismo sucedía con la idea de nacionalidad. El clero cumplió dignamente su triple papel tan difícil. Bajo su influencia —y hablando de los sacerdotes no olvidemos que los pueblos subyugados veían en ellos a los continuadores de la tradición de Bizancio— los pueblos balcánicos conservaron indemne la idea de su nacionalidad y cultivaron la esperanza de recuperar alguna vez su independencia. El vasto movimiento de insurrección, que se inició a principios del siglo XIX y culminó con la epopeya de la Revolución griega de 1821, es obra de la Iglesia como exponente de la religión cristiana y de la tradición bizantina.

Un arzobispo, Germán de Patras, levantó el estandarte de la revolución, y muchos de los jefes militares más heroicos del pueblo griego, eran eclesiásticos. La historia inmortalizó los nombres del diácono Atanasio, capturado y espetado vivo; del archimandrita Papaflesas, cuyo cadáver besó su adversario Ibrahím sobre el campo de batalla en señal de admiración; del monje Samuel, quien hizo volar el Cungi, su pequeño fortín, resultando muertos él y sus sitiadores.

El Gran Turco sabía muy bien quiénes eran los responsables de aquella revolución, que terminó con la Independencia de Grecia, después de nueve años de sangrientas luchas. Como consecuencia de la Independencia de Grecia, los turcos debieron consentir en la libertad sucesiva de los demás pueblos balcánicos, Servia, Rumania y Bulgaria. Temían constantemente a la Iglesia; su venganza fue terrible. El patriarca de Constantinopla Grigorio V, y todo su séquito de altos prelados fueron entregados a la furia de las hordas de infieles, las cuales los ahorcaron en el pórtico de su catedral.

Aquel acto no estaba dirigido contra la persona del patriarca, sino contra lo que

Véase G.D. Hurmuziadis, "Los comienzos de la enseñanza filosófica y del libre pensamiento en los Balcanes (vida y obra de Teófilo Coridaleus)", en *Bizantion*

*Nea Hellás* N<sup>o</sup> 3-4, pp. 191-199; y "La 'paideia' y la lengua griega en las academias principescas de Moldo-valaquia", en *Bizantion Nea Hellás* N<sup>o</sup> 6, pp. 87-101.

él representaba: ese enemigo, que los turcos creían haber aniquilado y que reaparecía siempre amenazante.

La exposición acerca de Bizancio y de su civilización, que hemos realizado, aunque muy sumaria, nos permite formar una idea del lugar preponderante que ocupan en la historia universal.

Durante mil y tantos años Bizancio defendió a Europa contra la marea asiática; educó a los árabes y a los eslavos; encendió la antorcha del renacimiento en el Occidente; y despertó el sentimiento de libertad en los pueblos balcánicos. Las huellas de su pensamiento y de su arte son visibles en nuestra civilización y perdurarán por los siglos.

El espíritu creador de los helenos no se apagó con la extinción de Alejandría y de Roma, herederas temporarias de Atenas, sino que, trasplantado por Constantino el Grande a orillas del Bósforo, centelleó por once siglos más, iluminando con su luz a Occidente, que en la Edad Media atravesaba un oscuro período de su historia.

Encontrándose en prensas este volumen, hemos recibido la noticia del sensible fallecimiento de Georgios D. Hurmuziadis. Por razones materiales, no resulta posible rendir aquí el debido homenaje de recordación al intelectual y escritor: prosista destacado, ensayista, traductor, crítico y estudioso de la literatura, entusiasta difusor de la literatura hispanoamericana; colaborador constante del Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos y generoso divulgador de sus trabajos. Esperamos cumplir con este deber en el próximo número de *Byzantion Nea Hellás*. LOS EDITORES.

## The contribution of Byzantium to western culture

GEORGIOS D. HURMUZIADIS

**T**he creative spirit of the Hellenes, transplanted by Constantine the Great to the shores of the Bosphorus, shed light on the West which at the time, in the Middle Ages, was going through a dark period in its history. For a thousand years or more Byzantium defended Europe against the Asiatic tide; it educated the Arabs and the Slavs; it lighted the torch of the Renaissance in the West and awakened the feeling of freedom among the Balkan peoples.

The civilizing efforts of Byzantium gave to Serbs, Russians, Hungarians, Croats and Bulgarians a religious and political organization, together with the concept of "an autocratic sovereign by the Grace of God", and it left its imprint in the arts and architecture of those peoples.

In the East, Armenia, between the Persian and Arabic dangers, was Christianized by Byzantium, keeping itself free and independent for a long time, despite the Asiatic invasions. The Arabs, on their part, after the conquest of Mesopotamia and Syria, found in Edessa, Damascus and Antioch important Hellenic schools based on the teachings of Pythagoras, Aristotle and Hippocrates, and which were to be taught later in Arabic so as to improve their people. The Hellenic culture spread from Bagdad, capital of the new

empire, until it extended from India to Spain. The Arabic school at Cordoba made known in the West the knowledge of Aristotelian philosophy and Greek science in general.

When the Mohammedans conquered Constantinople, the last writers of Byzantium carried off with them to the West all the spiritual treasure accumulated in the "Queen City", enriching the different national libraries of Europe and of the academies in Belgrade, Sophia, Bucharest, Kiev and Moscow. George of Trebizond, Theodore Gaza, John Argirópulos, Cardinal Besarión and others contributed greatly towards the formation of the best-known Western Humanists, Reuchlin in Germany, Erasmus of Rotterdam, Budé in France.

Despite the fall of Constantinople, nevertheless, and the servitude of the Balkan peoples, which lasted for four centuries, the enriching light of Byzantium was not smothered in them. The fact that the Sultan respected the hierarchy and privileges of the Church made it possible for religion to safeguard culture through not allowing the extinction of languages of the conquered nations... The idea of nationhood gave to these peoples the hope of some day recovering their independence, and as a result of the independence of Greece, in

which many churchmen participated actively, sacrificing themselves, the Turks were compelled to consent to the successive freedom of the other Balkan

peoples, Serbia, Rumania and Bulgaria.

Trans. by  
HENRY LOWICK-RUSSELL